



Díscurso

**pronunciado en la solemne distribución de
premios de las Escuelas Parro-
quiales de esta ciudad.**

Grato sentimiento experimentase, Señores, al venir á presenciar este acto de solemnizar los triunfos de la niñez que ha recibido la unción sagrada de la buena doctrina, aperebiéndosela para la lucha de la vida, y proveyéndola de los medios y recursos indispensables para alcanzar la eterna salud.

Yo siempre he sentido inclinación dominante por las obras de educación y enseñanza, con preferencia á todas las demás de misericordia, porque me parece que están compendiadas en ella y prevenidas las otras. Arar los campos, sembrar la semilla y enderezar las tiernas plantas es más necesario para obtener el fruto, que escardar y las demás operaciones subsiguientes, pues sin las primeras, no se puede nunca espigar ni levantar un grano.

No oiréis, Señores, de mis labios en esta ocasión, sino los mismos conceptos que he manifestado á la sociedad de Guadalajara en festividades como la presente, porque en vez de cambiar ó modificar mis ideas, me he confirmado en ellas, si bien por otra parte, el espíritu contrario, toma nuevas posiciones y se fortifica cada vez más.

El hombre es un compuesto de alma y cuerpo, siendo la primera, el director, el elemento más noble de ese supuesto, y á la cual hay que sacrificar en caso necesario, el segundo. Las exigencias del cuerpo son pasajeras, como las del viajero que se olvida de las comodidades del tránsito, por asegurar las permanentes, del punto de su final destino,

El cristiano tiene siempre en el ánimo esta consideración, por más que como hombre tienda á garantizarse y gozar del presente que desplégase á su vista, sacrificando el porvenir que fácilmente olvida. Pero hay otra escuela que se preocupa más de asegurar los bienes de esta vida, desentendiéndose hasta de que existe otra, más allá de los umbrales del sepulcro, y que cuida más bien de los intereses del cuerpo, que de los intereses del alma, cuya existencia llega á poner también en duda. Esta es la sensualista que, como la filosofía que informa sus ideas, sólo toma en cuenta los bienes que llama *positivos* porque se ven y se palpan, comprobándose por la experiencia material, pues el positivismo pone el origen de todo conocimiento en la experiencia.

Llamo de propósito á la otra, escuela *cristiana* porque no quiero invocar en favor de la Pedagogía que subordina lo físico á lo moral y lo temporal á lo eterno, la autoridad y el consejo de nuestros antiguos maestros escolásticos, ó de los primitivos hombres apostólicos que civilizaron al mundo predicando aquella Escritura: «buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por aditamento».

Yo quiero citaros las palabras de un autor liberal, pero de esos que admiten siquiera que el destino del hombre no se integra con los bienes de este mundo: «La educación como la

entendemos aquí—dice el inspector de las escuelas normales de Bélgica, en su Curso de Pedagogía—es la ciencia de poner á un niño en estado de cumplir un día, lo mejor posible el destino de su vida, hacer que sea lo que debe ser como hombre, como hombre religioso y moral, como hombre intelectual, como hombre físico y como hombre social. Según esto, la educación debe responder á nuestro doble destino: debe preparar al niño para dos existencias sucesivas; hay en él un espíritu inmortal que no hace más que pasar por este mundo, y hay una débil criatura que viene á sufrir y morir».—Y cuéntese con que Braun, que así se llama este pedagogo, no reglamenta en su obra el aprendizaje de la religión, sino que se acomoda en ella al desenvolvimiento de una enseñanza puramente profana; pero no contrariando, ó dejando el campo abierto, para que se imparta á los educandos, la de la religión de sus familias. Esas mismas ideas tuvieron Froëbel y Pestalozzi, á pesar de que uno y otro profesaron en la Alemania protestante.

Pero la Pedagogía positivista, sólo cuida del individuo físico, ó mejor diremos del *animal*; y, si toma en cuenta la moralidad de sus actos, es en tanto que coadyuven al bienestar material, ó cuando más á la coexistencia de los hombres en nuestro planeta; mas no para otro fin superior ó extraño á esos.—La primera condición del éxito en este mundo, dice Herbert Spencer, en su libro sobre *La Educación*, es ser un *buen animal*; y la primera condición de la prosperidad nacional, es que la nación sea formada de *buenos animales*. No solo sucede con frecuencia que el éxito de una guerra dependa de la fuerza y empuje de los soldados, sino que también en la lucha industrial, la victoria corona el vigor físico de los productores».

En consecuencia, la Pedagogía laica burla y condena desdeñosamente el sistema que apellida místico, con cierta fisga, atribuyendo á los

Jesuitas imponer á la juventud desde los primeros años, maceraciones y ascetismo porque recomiendan la sobriedad y enseñan á dominar las pasiones, subordinando los vuelcos de la carne y los instintos de la bestia, á las inspiraciones y necesidades del espíritu: el sistema, en fin, que seguían los lacedemonios y espartanos cuando templaban y endurecían los cuerpos y los ánimos con maltratos y privaciones, porque la comodidad no interrumpida y el alimento siempre á la medida del deseo, afeminan al hombre y lo debilitan en vez de comunicarle magnanimidad y fortaleza.

Esto no quiere decir que la educación que aconseja la unánime tradición cristiana y la *Ratio Studiorum* de los hijos de Loyola, se oponga á la Higiene, al mesurado desarrollo de las fuerzas físicas, y descuide el cultivo de las creencias y artes útiles para la vida; pero sí, que en la enseñanza primaria general, basta un fondo de conocimientos y habilidades en el niño, de lo más esencial é indispensable á todos los hombres y á todas las clases para vivir honradamente en el mundo sin contrariar ni descuidar el último fin; á reserva de que ese fondo se amplíe en diversas direcciones y extensión, según las circunstancias especiales de cada cual.

Dada la diversidad de estas aspiraciones, los caminos son también diversos y aun opuestos, así como los principios filosóficos de que nacen y los fines que se proponen. Es decir, las Pedagogías y Metodologías de ambos grupos tienen que contrariarse en muchos puntos, pues toda teoría filosófica, aun las que parecen á primera vista abstractas y sin consecuencias, son trascendentales á la vida práctica individual y política.

Rousseau creía que el hombre nace naturalmente bueno, pero que la sociedad y el trato de los demás lo corrompen y malean; y la aplicación de esta doctrina desconocedora del pecado original y de la sociabilidad que es natu-

ral al ser humano, le inspiraron la utopía de su Emilio, que consistía en abandonar al niño á sus propios instintos é inclinaciones, sin más contrapeso que el de los efectos naturales de sus actos, en que la naturaleza amonesta con sus reacciones á que se tome el buen camino, cuando se violan sus leyes. Idilio que reconocen ya, como erróneo y falaz, aun los mismos campeones de las Pedagogías racionalistas y de libre-pensadores.

La reacción contra el jacobinismo (1) determinada por los crueles desengaños que trajo el renacimiento del paganismo y del naturalismo, con todos los horrores de la Revolución francesa, y operada en los mismos separatistas del criterio cristiano, llevó al error contrario, es decir, para explicar las decadencias y vergüenzas de la humanidad en algunas épocas y lugares, en vez de recitar el *mea culpa* y volver humildemente al dogma de la primera caída; se recurrió á no ver en el hombre, sino una de tantas bestias, haciéndole descendiente del mono; y de aquí la Pedagogía positivista, que quiere educar al hombre por el mismo proceso que se amansa á los animales y se desarrolla en ellos ciertos hábitos y habilidades, tratando la moralidad del acto humano, como un empirismo de zooteenia para lograr que esas fieras no rompan sus jaulas y se devoren entre sí.

El positivismo niega la diferencia esencial entre el principio de animación del hombre y el de las bestias, porque desconoce la naturaleza del raciocinio, creyendo que consiste en una simple inducción, de la cual son capaces los brutos, si bien tal inducción sea muy imperfecta. El tratado de *Lógica* adoptado en las es-

(1) El jacobinismo ó liberalismo, consiste en tener como bueno, justo y verdadero, lo que la mitad más uno, de cualquiera agrupación étnica, acepta como tal, que es lo que se llama *soberanía del pueblo*.

cuelas oficiales, aunque no es un positivismo con todas sus consecuencias, porque trae confesiones y contradicciones preciosísimas, profesa la doctrina del empirismo, como primer principio de todas nuestras cogniciones, que no es otra cosa que el materialismo y conduce necesariamente al ateísmo. Confieso que el libro del Sr. Parra está magistralmente desempeñado, con abundante material de ejemplos tomados de las ciencias físicas y de sus aplicaciones prácticas, si bien está atrasado respecto de algunos descubrimientos de última hora, como el de la materia radiante y sus corolarios. El Sr. Parra opina no ser buena la definición de hombre que lo llama, *animal racional*, pues cree que ella se extiende á más de lo definido, porque algunos otros animales *superiores* disfrutan de inteligencia y razonan; mientras que no comprende todo el definido, porque hay algunos hombres que carecen de razón. En mi humilde juicio, el Sr. Parra carece de razón en esto, pues él mismo dice que «las bestias por aventajadas que sean, no llegan á hablar, porque no *generalizan bien*»; al paso que todo hombre que tiene en buen estado los órganos correspondientes, habla, porque generaliza lo bastante para ello. Pero generalizar de esa suerte, es cabalmente *raciocinar*, porque solo generaliza é induce *bien*, el que percibe los primeros principios directamente, con un *lumen* que no es común á los brutos.

Pues bien, la Pedagogía de los que admitimos que la razón humana es «una participación del Entendimiento Divino» (1) tiene que ir muy en desacuerdo con la Pedagogía y Metodología, que se fundan en la uniformidad específica del hombre y de la bestia, distinguiéndolos sólo por sus caracteres corpóreos. El Sr. Parra lo define: «un mamífero monodelfo bíma-

(1) *Virtus quæ a Supremo Intellectu participatur.*—Sto. Tomas, Sum. Theol.

no», siendo redundante esta *designación*, por estar demostrado que el hombre es el único verdadero bímano.

La Pedagogía positivista rechaza la enseñanza de la religión, no tanto por neutralismo á todos los cultos, sino por estimarla inútil para fundar la racionalidad y la moralidad del hombre, como Laplace, que no encontraba necesaria la *hipótesis* de un Dios primer motor, para explicar la mecánica celeste.

La Pedagogía ortodoxa impone como indispensable para la educación, el estudio de la Religión, porque esto es un corolario de la Psicología que atribuye al hombre la razón como distintivo especial respecto del bruto; y de la lógica que demuestra que no es la experiencia el fundamento de toda certidumbre, sino la percepción inmediata de ciertos principios, que son los que sirven para dar valor á la inducción, según el mismo Compayré lo confiesa en su *Psicología aplicada á la Educación*. De esta manera se establece por la razón, la existencia de Dios y de las obligaciones hacia la Divinidad, que son el fundamento de las relativas á los demás hombres, porque sin las primeras, no subsisten las segundas. Por esto es que los católicos estamos obligados en conciencia á contribuir para plantear esa enseñanza, según los recursos de que cada uno disponga, ya que la Pedagogía oficial, no da tiempo, para el estudio de la religión, y aunque lo diera, no produciría buen resultado, sin relación ni armonía con las demás lecciones y ejercicios.

Los métodos tampoco se corresponden, porque la Metodología positivista naturalmente se inspira en el falso principio de su filosofía que pone en la experiencia el origen de los conocimientos. El Dr. Parra dice que «aunque la Matemática es ciencia deductiva y analítica en su desarrollo, los axiomas en que se funda se forman por inducción»; siendo que el alma los percibe intuitivamente, si bien aprehendien-

do, como dice la *Escuela*, la idea abstracta de las especies sensibles. Pero la prevención es invencible aun en los espíritus superiores. El Sr. Parra confiesa que el punto inextenso no existe en el mundo de los sentidos, ni la línea sin latitud, ni la superficie plana, ni el círculo perfecto, sino sólo por abstracción de la mente; y sin embargo, no se excusa de enseñar que los primeros principios se adquieren por mera inducción formada por la observación de hechos sensibles.

Es cierto que desgraciadamente en los Seminarios y Universidades había penetrado la relajación, aliándose torpemente la pedantería con la ignorancia y el poder, y servíanse de una Dialéctica embrollosa, reducida al puro ergotismo y á juegos sutiles de palabras, para sostener insensatas paradojas y extravagantes fruslerías; lo cual suscitó la ojeriza y una reacción que llevóse hasta el extremo más lamentable, pues se confundió en el mismo anatema la sana doctrina con las pataratas de sopistas y falsos doctores. Bacon inició el método experimental, que concretado á las ciencias físicas y naturales, es de aquilatado valor. Descartes puso en práctica el método inquisitivo que lleva su nombre, y Comte ultimó uno y otro hasta negar la Metafísica, burlarse de la Teología y desconocer la naturaleza de la razón humana, queriendo reducir todos los ramos del saber á la inducción y á procedimientos puramente experimentales y objetivos, así para el descubrimiento de lo desconocido, como para la enseñanza de lo averiguado.

No cabe duda que el positivismo, como casi todos los errores y herejías, ha prestado á la humanidad, á su paso por el horizonte, el servicio de despertar la atención sobre ciertos peligros y deslindar el campo de ciertas verdades, como lo apunta el Sr. Cardenal González; pero su reforma no fué desinteresada y sincera, sino descomedida y rencorosa: atropelló la jus-

ticia y la cordura y llegó al campo vedado del sofisma y la impiedad, causando asoladores desastres en el mundo intelectual y moral. De modo que ahora la pedantería gárrula, el involucrar reglas y métodos, las minucias pueriles, la indigesta revoltura de estudios y ejercicios, el embrollo de neologismos y arcaísmos están del lado de la Pedagogía laica; mientras que la Didáctica reposada y serena, que no ha querido renegar de los orígenes genuinos de la sabiduría y de la tradición eslabonada de los Justinos, Agustines, Tomases, Bossuetes y Leibnitzes, aplica discretamente todos los métodos en su hora y lugar, prefiriendo los sintéticos, empíricos y objetivos para las artes y ciencias naturales, y de diverso modo, según que se trata de descubrir, ó de enseñar; y como en las escuelas primarias para el pueblo, se pretende únicamente desbistar, inculcando los elementos más indispensables, usa más bien del procedimiento analítico para el idioma, el cálculo numérico y la Moral, reservando el expositivo dogmático, para la Religión; pues si bien los dos primeros tienen su parte de intuitivo y práctico, por lo que ve á la lectura y escritura, el idioma debe enseñarse por la Gramática, que es analítica lo mismo que la Aritmética. Los norteamericanos, hombres prácticos y despreocupados, llaman á las escuelas de primeras letras *Grammar schools*, porque la principal enseñanza en ellas es la de la Gramática, siendo la Aritmética, la *Gramática* de los números.

La enseñanza de la Moral debe ser, como enseñanza, teórica y deductiva, basada en los preceptos ó principios del Decálogo, y haciendo de ellos la aplicación práctica á los casos particulares; y como los hijos del pueblo apenas pueden disponer del tiempo necesario para estas asignaturas, á ellas deben limitarse nuestras escuelas gratuitas populares, ya que enseñar allí rudimentos de todas las artes, ciencias y oficios, como de canto, de táctica militar, de

agricultura, de funambulismo, de química, de carpintería, etc., etc. sería un despilfarro contraproducente. Más acertados andaríamos, fundando por separado, Escuelas de Artes, en que además de la enseñanza elemental antes indicada, se den cursos teórico-prácticos de los oficios, artes é industrias que fuere posible; ó bien escuelas de adultos, pero sin forzar á cada alumno á seguir más que uno solo de estos cursos, porque no hay que obligar á los que se dediquen á la música, al aprendizaje de la química industrial; ni á los albañiles, ganadería; ó á los carpinteros agricultura.

Es decir, muy bueno sería que todos fuésemos enciclopedistas y politécnicos; pero ya nos contentaríamos con dotar á cada hijo del pueblo con la profesión de un arte, oficio ó industria, y la instrucción necesaria para conseguir su último fin, sin obligarlo á malgastar las pocas horas de que puede disponer para su educación, en indigestarse con ese *potpourri* de la Pedagogía modernista, compuesto de dosis homeopáticas de todas las ciencias y las artes.

En cuanto á las niñas, la tradición netamente ortodoxa no es favorable al *feminismo*, que brega por pertrechar á la mujer con las armas y bagajes del varón, desorientándola de su santa y preciosísima misión sobre la tierra. «Las necesidades materiales de la vida, dice Fiedler, el trabajo industrial para la mujer del pueblo y el trabajo intelectual exagerado para la señorita de la alta sociedad, han falseado las piezas de la maquinaria social y desviado á la hija, á la esposa y á la madre de su destino natural. Es preciso enseñar á la mujer que su verdadero terreno es el hogar, que la familia le ofrece el más vasto, el más digno y noble campo para desplegar su acción.» En Alemania es donde se está operando desde hace algún tiempo, la reacción que reconoce la necesidad de esta enseñanza. *La Verein für Völkerziehung y la Vaterlaendisher Frauenverein* han establecido al

efecto, numerosos planteles y especialmente la *Pestalozzi-Fröebel-Haus*, en donde se enseña de preferencia, la manera de manejar y dirigir una casa, y el oficio de institutriz, que es lo que allí se llama *Stütze der Hausfrau*, dando á la religión el primer papel, á pesar de ser aquella, una tierra protestante; y la Emperatriz es la protectora de tales instituciones, pues ha fundado la *Victoria Heim* para dar asilo á las educandas que no tienen recursos propios. Igual cosa se está haciendo ya en la escuela Swanlee de Inglaterra, en la de Burnheim de Holanda, y en Rusia, Suecia y Bélgica, en establecimientos análogos.

Pero no podría ir apuntando en esta ocasión todas las diferencias que entraña la enseñanza organizada según el criterio positivista ó racionalista, respecto de la Didáctica informada en el espíritu cristiano, pues aunque confieso con toda sinceridad, que los autores de nuestra legislación escolar, son de perfecta buena fe y muy laudables, por su propósito de hacer que la humanidad progrese y se perfeccione, también me parece que andan radicalmente equivocados en los medios de que para ello han querido servirse. Mas aunque yo profeso que debemos ser tolerantes con las personas, porque así lo pide la caridad, la armonía social y la buena educación, creo al mismo tiempo que debe gastarse franqueza para defender la verdad y lo bueno, juntamente con valor para arrostrar los peligros de combatir el mal en abstracto y los errores de opiniones, dejando á salvo la respetabilidad de quien las adopte.

En nuestro país desgraciadamente no ha sido así en mucho tiempo, imitando en esto á las decadentes naciones latinas, especialmente á la Francia, en donde la intolerancia y la persecución religiosa se están haciendo endémicas. Yo nunca le he pedido ni le pediré á mi patria más protección, sino la de permitirme vivir y morir con las convicciones que he nacido y he

nutrido y fortificado con la ceniza que polvorea mi cabeza.....

Pido pues, perdón á esta honorable concurrencia por haberme expresado con tan ruda claridad, sobre una materia en que estoy en oposición con las ideas reinantes. Yo nunca he podido decir, sino lo que creo la verdad, y eso sin ambages y atenuaciones, así es que hice esfuerzos sin éxito para excusarme del honor de pronunciar este discurso, y en seguida para ejecutarlo con otros temas, siquiera fuera el de un himno encomiástico pero sin color determinado, á la niñez, al estudio y al progreso en general; mas todos mis ensayos se malograron, pues impresionado hondamente por el mal que nos circunda, aunque tanteara diversos comienzos, mi pluma volvía á poco, al mismo camino, algo como se cuenta que sucede, en manos de los mediums espiritistas

Permítaseme, por lo mismo, no concluir antes de hacer notar otra antítesis entre la Pedagogía *científica* y la que á mí me parece correcta: antítesis tan inevitable y suprema, como que sin ella no nos encontraríamos reunidos aquí, y oposición que arranca desde la base cardinal del credo que profesa el mundo oficial, en cuyo ambiente me siento como una especie de expatriado, como un resuscitado de otra época, la de los héroes del Año cristiano y de los Doctores de la Iglesia, en cuya atmósfera ha respirado mi espíritu por más de medio siglo.

Hablo de las penas y premios.

En mi tiempo dábamos por cierto que sin los pequeños castigos escolares, no era posible la disciplina, y producía muy exiguos frutos la enseñanza. La simple amenaza de un grotesco tocado, nos hacía trepar quebrada por quebrada del escarpado risco del saber, mientras que la esperanza de vernos coronados con los laureles del triunfo delante de nuestras madres adoradas, nos hacía desfallecer de entusiasmo

y desvelarnos sobre el libro, hasta el toque de la aurora.

Al presente, según lo dice el acomodaticio Compayré, los castigos corporales se han desterrado por la Pedagogía francesa oficial, que nos sirve de modelo, proclamándose la tesis que las penas infaman y degradan, pues la filosofía de moda ha tenido la gracia y atingencia de confundir como hábil prestidigitador, los efectos, con las causas. No se azota á los rateros, para no hacerlos perder su dignidad, siendo que ellos no han desdeñado cometer una acción tan degradante y vergonzosa, como es robar. Yo no he podido digerir esa paradoja, desde que supe al abrir los ojos de mi razón, que Jesucristo fué flagelado y después clavado en la Cruz que era el patíbulo más ominoso é infamante que se podía imponer á los esclavos traidores y ladrones; y que Jesucristo no quedó infamado ni degradado, antes por el contrario, mereció por ello la mayor honra y gloria que concebirse pueda. Luego, lo que degrada y envilece no es la pena, sino la culpa que la hace merecer. Esto no quiere decir que yo sostenga, que debe cartigarse en las escuelas sin mesura ni discreción.

Igual cosa se asevera de los premios: (Artículo 68 de la ley de 15 de diciembre de 1903) «Quedan suprimidos los premios individuales. Los exámenes terminarán con una fiesta escolar en que se hará la solemne distribución de los certificados respectivos.....»

Y en esto, nuestra ley va de acuerdo con los últimos refinamientos de la *ciencia* pedagógica. Compayré que es polieromo, se ha quedado en este punto muy atrás de Spencer y los radicales, á pesar de que asegura «que es preciso proscribir las recompensas puramente materiales», y que «las recompensas en general, no deben ser más que los signos exteriores de la aprobación del maestro», pues admite todavía que se hagan distribuciones de premios, consis-

tentes en medallas de honor y condecoraciones.

El motivo que se alega para vedar las recompensas individuales y de valor intrínseco á los niños es, que debe acostumbrarse al hombre á obrar el bien, no por una especie de cohecho, sino sólo por amor al bien, y por la satisfacción interior que debe causar el cumplimiento del deber, ó bien, se dice, que basta la sanción natural que toda transgresión tiene en esta vida. Pero, ¿cómo se movería á un niño para sacudir la pereza congénita á nuestra naturaleza, con sólo hacerle saber que acarrea el empobrecimiento y la privación de comodidades, allá en lejano plazo?—¿No sería más humanitario y expeditivo excitarlo desde luego con estimulantes inmediatos? La verdad es que ese amor platónico al bien, ese movil enteramente desinteresado, son un juego de palabras vago y sin sentido, que han inventado los que aseguran que la moral existe sin la sanción de los premios y castigos de ultratumba, de que la *ciencia* positiva prescinde, pretendiendo ordenar la sociedad sin esos *fantasmas legendarios* que, según ella, no están comprobados, siendo inmorales los que inclinan á obrar por miedo ó esperanza de algún lucro. La verdad es también que las penas y premios temporales si no son suficientes por sí solos, para determinar al hombre á obrar el bien en toda circunstancia, ya porque puedan evadirse las consecuencias desagradables de nuestras faltas, ya porque esas consecuencias no sean bastantes para hacernos desistir del atractivo que ofrece la pasión, los premios y castigos de este mundo, ayudan de ordinario poderosamente á conseguir los fines sociales y el supremo á que el hombre está destinado. De otra manera, no tendría sentido el Derecho Penal y todo el sistema represivo de nuestras instituciones, debiendo reformarse con establecer lazaretos y manicomios para esos infortunados *neurópatas* y desequilibrados que in-

justamente habríamos llamado criminales, lo cual es otro *desideratum* de la Jurisprudencia positivista en armonía con el conjunto de sus doctrinas.

Mas no hay duda: nosotros estamos aquí como una protesta muda, pero viva y elocuente, contra semejantes falacias, pues si es verdad que venimos por la satisfacción que nos causa presenciar é informarnos de los triunfos y adelantos de nuestra juventud estudiosa, venimos principalmente á tomar parte en esta significativa fiesta de repartir como premio á los que lo han merecido, objetos que encantan y llenan de contento á los niños. Mucho influirán para sostener á los unos y alentar á los otros en sus tareas, las muestras de aprobación y regocijo de esta sociedad por su aprovechamiento, pero bueno es también excitar á estas almas tiernas y sencillas con las recompensas presentes, ya que tal vez desmayarían, no pudiendo recoger en luengos años todavía, el fruto de sus actuales labores y desvelos.

Señores: demos un voto de gracias á las beneméritas personas que consagran sus afanes y peculio á sostener desinteresadamente, obra tan beneficiosa como es la enseñanza y educación cristiana de la niñez, sobreponiéndose á dificultades mayores que las ordinarias y naturales, que este empeño acarrea antiguamente, porque ahora nuestra obra y obreros son mirados con ceño por los que no opinan como nosotros en Psicología, en Lógica y en Moral.

El campo de la Didáctica no es ya un terreno neutral en que se tienden la mano todos los partidos y todas las conciencias. Desgraciadamente es un campo de batalla, y de la batalla más reñida que se libran las opiniones y los hombres. Los últimos correos de Europa nos traen las actas del Congreso de institutores de Francia, en que constituidos en potencia independiente del Gobierno, se exhortan y unen para inculcar á la juventud que está á su cargo,

los principios del socialismo. Trátase principalmente de una liga contra el militarismo, al grito de *laïcisons la laïque* (secularicemos la escuela laica)—Declara el Congreso «que el estado de paz armada, resulta de la constitución económica de la sociedad: que la guerra debe suprimirse;» y ha aprobado los siguientes votos: «Reforma de los métodos pedagógicos; organización de la propaganda antimilitarista sobre bases científicas, es decir, técnicas y económicas para que se supriman los ejércitos.»

Pululan en Europa, especialmente en Francia, Alemania y Rusia, las asociaciones y periódicos socialistas internacionales, que se llaman *pacifistas*, y llevan por divisa *¡abajo los ejércitos y armadas!* porque creen que esas grandes masas de hombres convertidos en instrumentos de matanza y opresión, además de consumir indebidamente los recursos del pueblo, secuestran la mayor parte de los brazos útiles, apartándolos del trabajo productivo: que al verdadero pueblo no aprovechan nada esas guerras sangrientas que sólo tienen por objeto, mudar el centro de los gobiernos, no debiendo haber en cada grupo social, sino la gendarmería estrictamente necesaria para el aseguramiento del orden público, mas no para servir de apoyo en el poder á los que no favorezca el sufragio popular, que debe ser el único título y sostén de los gobernantes.—He aquí, entre otras cosas, lo que dice la revista titulada *Annales de la jeunesse laïque*, en su edición de mayo último, bajo la firma *N. Naquet*: «Quisiera ver á la Francia desarmar, sin ocuparse de lo que hagan las otras naciones. Podría suceder que sucumbiera, bajo alguna agresión monstruosa; pero aun entonces no perecería por completo. Bajo la apariencia de la muerte, ella sería inmortal! Permanecería como una estrella polar en la memoria de los hombres y su sangre no tardaría en fructificar para bien de la humanidad!»

¿Nuestra Pedagogía laica, se acabará de lai-

cisar en el sentido que predicán los émulos y modelos que han seguido nuestras leyes.....?

Pero concluyo, exitandoos á que tribute-mos gracias á la Divina Providencia, por habernos permitido hasta aquí, mantener en las escuelas denominadas parroquiales, la enseñanza de la Moral cristiana y del culto al Dios de nuestros mayores.

He dicho.